

KEYNES : EL LARGO PLAZO.

José C. Valenzuela Feijóo.¹

I

La teoría económica de Keynes, apunta al corto plazo. Aunque en ella se encuentran elementos que pueden ayudar al análisis del crecimiento del capitalismo en plazos largos, como lo hiciera Evsey Domar con singular brillantez. En la obra del propio Keynes, son pocas las veces en que dirigió su mirada para el plazo largo.² Y cuando lo hizo, no fue con un aparataje teórico sistemático y sólido. Fue más bien con intuiciones o pequeños “flash”. En cualquier otro autor, tales párrafos o páginas no ameritarían el más mínimo de los recuerdos, pero tratándose de Keynes, hasta sus juicios más intrascendentes suelen dejarnos algo que pudiera ayudar a ahondar en tal o cual respecto. Bien se ha dicho: tal suele ser la marca del genio.

El largo plazo del capitalismo ha sido abordado por los grandes economistas clásicos: Smith, Ricardo, Mill. En todos ellos, el sistema desemboca en ese mítico estado estacionario donde pareciera que nada se mueva y todo opera en términos de un proceso de reproducción simple. Otros autores, en general muy pocos, se han preocupado también del tema. En verdad sólo los muy grandes y que son portadores de teorías muy poderosas, pueden abordar un tema tan complejo. Señaladamente, tenemos a Schumpeter (políticamente muy de derechas) y a Marx (por el lado izquierdo), los que apuntan a la muerte histórica del capitalismo y su reemplazo por un régimen de tipo socialista.³

Para examinar el tema, fijamos la atención en la eficacia marginal del capital y la tasa de interés. Ambas, en términos de su comportamiento secular.

II

Recordemos primero el concepto de Keynes sobre la eficacia marginal del capital (o emc).⁴ Podemos ir paso a paso. Primero: se averigua el costo de los activos fijos (o “bienes de capital”) que compra la nueva empresa. O sea, el precio de esas máquinas y equipos. Segundo: se estima el período de vida útil de esos activos fijos. Tercero: se estima el valor de las ventas y a este valor se le restan los costos primos. No la depreciación.⁵ Por lo tanto, se obtienen las ganancias esperadas brutas, año con año.

¹ UAM-I, Departamento de Economía.

² Es conocida su célebre expresión: “en el largo plazo todos estamos muertos”. Aunque si bien la contextualizamos, la expresión va dirigida a los economistas neoclásicos, los que ante un determinado desequilibrio macro del sistema (siempre, para ellos, causado por causas exógenas), piden “calma” y “algo de tiempo” para que el sistema recupere su equilibrio. Keynes reclamaba que ante tales “medicinas”, la clase obrera bien podría defenestrar al capitalismo, algo que él no podía soportar.

³ En el caso de Marx, se habla más bien de una sociedad comunista, de la cual el socialismo funcionaría como una fase previa, de transición y preparación.

⁴ Ver J. M. Keynes, “Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero” cap.11 en especial. FCE, México, 1974. De ahora en adelante, este libro será citado como Teoría general (TG).

⁵ Keynes pareciera considerar las ganancias netas y Hansen subraya la necesidad de incorporar la depreciación de los activos fijos comprados, lo que es lógico.

Cuarto: se busca la tasa de descuento que iguala los beneficios brutos esperados con el costo o precio de los activos fijos comprados.⁶

De lo expuesto valga subrayar: 1) Se trata de variables futuras esperadas, de previsiones que pudieran no cumplirse; 2) existe, en consecuencia, un factor de incertidumbre y de riesgo que, incluso, según el contexto, pudiera llegar a ser muy alto.⁷ Así las cosas, tendríamos una variable, la emc, que pudiera ser muy volátil. Y por su mismo alto componente subjetivo, difícil de estimar.

El segundo factor que incide en la emc -el primero son los rendimientos esperados- es el precio de los bienes de capital. Lo cual, nos remite a las condiciones de producción en lo que Marx denomina Departamento I de la economía.⁸ Para el corto plazo, Hansen resume muy bien la hipótesis de Keynes: “por un lado, la productividad marginal decreciente de cada incremento sucesivo de bienes de capital reducirá el rendimiento probable (serie de rendimientos anuales); y, por otro lado, el costo de una unidad de bienes de capital aumentará, puesto que un volumen mayor de inversión ejercerá presión sobre las facilidades para producir ese tipo capital.”⁹ Agregando que “cuanto mayor sea el volumen de inversión, tanto menor será la tasa de rendimiento sobre el costo.”¹⁰

Tal sería el panorama para el corto plazo. Pero a nosotros nos preocupa el plazo largo. Para el caso, conviene distinguir dos periodos: el cíclico y el secular.

Consideremos, como período de tiempo, lo que dura un ciclo económico completo. Para Keynes, durante el auge y ya en las cercanías del punto de crisis, la emc empezaría a decrecer. Por un lado, piensa que cae el rendimiento de los activos fijos. Por el otro, por el lado de la oferta, supone que empieza a tornarse inelástica. Las empresas que producen bienes de capital trabajan a plena capacidad (y hasta algo más) y empiezan a surgir los rendimientos decrecientes. En breve, el precio de los bienes de capital empieza a subir. Con lo cual, el segundo factor que determina la emc también se mueve en un sentido desfavorable y provoca el consabido descenso en la inversión y en los niveles del Ingreso Nacional. Sobreviene la crisis y la fase de recesión, en la cual comienzan a prepararse las condiciones de un nuevo auge: renace el optimismo y en las ramas que producen bienes de capital hay capacidades ociosas e innovaciones tecnológicas capaces de reducir los costos unitarios. En lo general, podemos ver que la síntesis de Hansen se ajusta bastante bien a lo que entendemos por fase de auge cíclico.

⁶ Denominamos Ps =precio de activos fijos; RB = rendimientos brutos esperados; emc =eficacia marginal del capital. Para un período de vida útil del activo a comprar de n años, tenemos:

$$Ps = RB_1 / (1 + emc) + RB_2 / (1 + emc)^2 + \dots + \dots + \dots + RB_n / (1 + emc)^n$$

Valga señalar: despejar emc a nivel agregado, es muy complejo, por no decir que imposible. Tobin, con su coeficiente q, propone un indicador para emc en que divide el precio de las acciones por el precio efectivo de los activos fijos. El problema que surge viene por el lado de las especulaciones bursátiles y las burbujas especulativas, las que distorsionan completamente el precio de las acciones y el rendimiento real de los activos.

⁷ Como bien ha dicho Minsky, “sin la incertidumbre, Keynes es algo así como *Hamlet* sin el Príncipe”. En “Las razones de Keynes”, pág.67. FCE, México, 1987. Paul Davidson, enfatiza el problema y declara que se trata de expectativas no probabilizables ni calculables. Con su extremismo en este punto, Davidson llega a poner en tela de juicio la misma posibilidad de una ciencia económica. Ver, por ejemplo, Paul Davidson, a) “John Maynard Keynes”, Palgrave MacMillan, 2007; b) “The Keynes Solution. The Path to Global Economic Prosperity”, Palgrave MacMillan, 2009.

⁸ Esto, en los países desarrollados. En los periféricos, en los cuales este tipo de producción suele estar ausente y, en consecuencia, los bienes de capital deben ser importados, la disponibilidad de divisas y el tipo de cambio, pasan a jugar como factor clave.

⁹ Alvin Hansen. “Guía de Keynes”, pág 107. FCE, México, 1983.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 107.

III

Pero, ¿qué sucede en el largo-largo plazo?

Primero, señalemos que el crecimiento era algo importante para Keynes. Este se logra con altas tasas de inversión. Con lo cual, se matan dos pájaros con un solo tiro: resolver (algo) el problema de la demanda efectiva (corto plazo) y el ascenso a una sociedad de la abundancia plena (plazo largo). Según Keynes, el mismo problema económico (a la Robbins, “medios escasos frente a fines múltiples”) pudiera llegar a desaparecer en un siglo. Y el problema pasará a ser “cómo ocupar el ocio que la ciencia y el interés compuesto le habrán ganado, para vivir sabia y agradablemente bien.” También nos habla de la posibilidad de instaurar jornadas de trabajo muy cortas: “turnos de tres horas o semanas de quince horas.”¹¹

Para ascender a esta fase superior, se necesita de un esfuerzo de inversión alto y constante. Pero hay fuerzas que operan en contra de tales propósitos. Uno de ellas es la existencia de la tasa de interés, la que limita el esfuerzo de inversión real. El odio de Keynes a los rentistas y, más en general, al capital financiero, fue proverbial. Ya en 1923, señala que “el mundo de la banca es intelectualmente incapaz de comprender sus propios problemas”, agregado que “transformar al empresario en un especulador es asestar un golpe al capitalismo, (...) el empresario sólo es tolerable en la medida en que se pueda considerar que sus ganancias están relacionadas en alguna forma con lo que sus actividades, a grandes rasgos y en algún sentido, han aportado a la sociedad.”¹² Inclusive, en términos escandalosos (para oídos neoclásicos) llegó a proponer “la eutanasia del rentista”, pues “hoy el interés no es recompensa de ningún sacrificio genuino como tampoco lo hace la renta de la tierra.”¹³ Y si no, como mínimo, se debería manejar una política de muy bajas tasas de interés, del orden del 2.0% o menos. Como luego veremos, estas propuestas, llevadas a su extremo, significarían nada menos que la desaparición del “capital dinero de préstamo”.¹⁴ El cual debería ser sustituido por organismo estatales adecuados.

Otro orden de problemas gira en torno a la emc. Y al impacto que en ella tienen las innovaciones de tipo schumpeteriano, las que se suponen empiezan a debilitarse: caso del crecimiento demográfico (que cae), el descubrimiento de nuevos territorios (“ya ha terminado el reparto del mundo entre las grandes potencias” diría Lenin), innovaciones tecnológicas que empiezan a ahorrar capital fijo y que impiden el aumento de la intensidad del capital (capital fijo sobre PIB), etc.

Como sea, el punto central gira en torno a los rendimientos esperados de la inversión. En términos que pudieran sorprender, Keynes vuelve a apoyarse en la ley neoclásica de los rendimientos decrecientes al factor.¹⁵ Para el caso, valga recordar el lúcido resumen de Dillard. Para éste, la explicación de Keynes sobre las tendencias seculares del sistema “no está plenamente desarrollada. La idea general es que la

¹¹ J. M. Keynes, “Posibilidades económicas de nuestros nietos”, en “Ensayos de persuasión”, págs.328 y 330. Edic. Critica, Barcelona, 1988.

¹² J. M. Keynes, “Breve tratado sobre la reforma monetaria”, págs. 15 y 49. FCE, México, 1992.

¹³ J. M. Keynes, T.G., pág. 331.

¹⁴ También plantea problemas serios a la teoría del interés que propone Keynes.

¹⁵ Una de las grandes insuficiencias de Keynes es que dejó prácticamente sin tocar (hasta parece haberla aceptado) a la microeconomía neoclásica. Luego, como los neoclásicos manejan como punto de partida o pivote a la microeconomía, contra-atacaron alegando la falta de fundamentos micro en la teoría de Keynes. Al cabo, suprimieron la macro de Keynes y elaboraron una pseudo macro, que terminó siendo una mera suma de las conductas micro. En este caso, aplicando, sin ningún rubor, aquello de que el todo es la suma de sus partes.

disminución tiene lugar a causa de la disminución de los rendimientos previstos, que va asociada al creciente aumento de bienes de capital.” Como en la emc operan tanto el precio de coste de los activos fijos como los rendimientos previstos, la emc puede caer por una u otra causa. “A corto plazo, el factor más importante es el aumento del precio de oferta. Cuanto más largo sea el período (...) más importante es la disminución de los rendimientos previstos. Así pues, la disminución secular de la eficacia marginal del capital es casi enteramente el resultado de una disminución de los rendimientos previstos.” Estos rendimientos caen “porque los bienes de capital se hacen más abundantes. Los rendimientos de los bienes de capital (...) exceden a sus costos de producción solamente porque son escasos. Todo aumento en la inversión lleva consigo un aumento de la producción que compite con la producción del capital existente. La mayor abundancia de la producción tiende a hacer bajar los precios y, por consiguiente, a disminuir también los beneficios previstos de una mayor capacidad instalada. El proceso de crear más bienes de capital para competir con los ya existentes continua en tanto que la eficacia marginal del capital excede al tipo de interés. Si se desea hacer bajar a cero el tipo de interés, la no impedida acumulación de capital real disminuiría los rendimientos esperados, hasta el punto en que no habría exceso de rendimiento sobre el coste. Los bienes de capital dejarían de escasear: producirían un rendimiento exactamente igual a su costo de producción; la eficacia marginal del capital sería cero. Con una producción ininterrumpida, Keynes sugiere que los bienes de capital podrían dejar de escasear dentro de una o dos generaciones.”¹⁶ Esta conclusión, también provoca consecuencias de orden mayor. Antes de exponerlas conviene precisar algunas de las categorías en juego.

IV

En una economía de mercado capitalista, si somos rigurosos, tenemos que una mercancía deja de ser escasa (eso no equivale a transformarse en un “bien libre”) cuando su precio de oferta (Ps) de equilibrio coincide con su precio de demanda (Pd).¹⁷ ¿Cuándo tal mercancía es escasa? Cuando $Pd > Ps$. Es cuando el mercado exige producir más. Tal es la postura tradicional práctica y la más bien implícita en Keynes. Pero Pd viene determinado por los rendimientos brutos esperados, descontados por la tasa de interés y el precio de oferta Ps, es determinado por las condiciones de producción en los sectores del caso. Además, la (emc) es el factor de descuento de los ingresos brutos esperados que permite igualar a estos con el precio de oferta. Luego si $(emc) > (i)$, habrá inversión neta positiva. Y será nula cuando $(emc) < (i)$.

En el caso que nos preocupa, valga insistir, podemos entender por precio de demanda (el que están dispuestos a pagar los capitalistas industriales que actúan como compradores) el resultado de manejar las ganancias brutas esperadas descontadas por la tasa de interés (i). Y es claro que $Pd > Ps$ si se da que $emc > i$. Si la tasa de interés fuera

¹⁶Dudley Dillard, “La teoría económica de John Maynard Keynes”, pág. 158. Aguilar, Madrid, 1981. Es curioso que Keynes no tome en cuenta el fuerte desplazamiento hacia arriba de su curva de eficacia marginal del capital que deben provocar los grandes avances tecnológicos. Digamos que hasta en Kalecki hay algo de esto. Steindl, más atento a la obra de Schumpeter, subraya el papel de las grandes innovaciones tecnológicas como antidotos del estancamiento secular. Baran y Sweezy, en su *Capital Monopolista*, recuperan esta temática y la engarzan con el rol de las estructuras monopolísticas. Fenómeno éste, del todo ausente en la obra de Keynes. Ver J. Steindl: a) “Ideas and Concepts of Long Run Growth”; Banca Nazionale del Lavoro, n°140, march 1981; b) “Acumulación y tecnología”, *El Trimestre Económico*, n° 207, julio-sept., 1985. También P. Baran y P. Sweezy, “El capital monopolista”, Siglo XXI edits., México, 1973.

¹⁷ Si asociamos lo no escaso con los “bienes libres” se avanza poco o nada.

igual a cero, entonces para toda $emc > 0$, tendríamos que $P_d > P_s$. Si sucede que $emc = i$, entonces $P_d = P_s$. No olvidando que los ingresos esperados descontados por la emc son iguales, por definición, al Precio de oferta (P_s).

Pudiera tal vez pensarse que bastaría una emc positiva, mayor que cero, para que existiera una inversión neta positiva. Pero esto supondría la ausencia de usos alternativos en los cuales aplicar las ganancias del capital. Lo que también equivaldría a $(i) = 0$. Pero si $(i) > 0$, entonces el precio de demanda debe considerar a la tasa de interés como factor de descuento. En este marco, que sería el usual, un caso importante es el que surge cuando $(emc) < (i)$. Bajo estas condiciones, el precio de demanda (P_d) sería inferior al precio de oferta (P_s). O sea, $P_s > P_d$. En consecuencia, las órdenes mercantiles serían las de producir menos. Lo que, inicialmente, afectaría al Departamento I, sub-sección de medios de trabajo. Para luego difundirse al resto de la economía. Bajo estas condiciones, la acumulación neta sería nula y el descenso de la inversión provocaría la caída del Ingreso nacional y de la ocupación. O sea, se acrecienta el ejército de reserva industrial, lo que, a su vez, provoca un obvio impacto depresivo en la masa salarial. También aquí, Keynes dirige su atención a la posible intervención estatal para salvar al capitalismo de los problemas que va identificando.

V

Puede ser significativo un breve alcance. Cuando Keynes habla de las dificultades de realizar el excedente generado con cargo a la inversión privada apunta a un consumo capitalista extravagante, aunque considera este aspecto como posible solución en un plazo más bien corto y moralmente no aplaudible.¹⁸ En sus palabras, el problema “puede aplazarse en la medida en que los millonarios encuentren satisfacción en edificar poderosas mansiones para encerrarse en ellas mientras vivan y pirámides para albergarse después de muertos o, arrepintiéndose de sus pecados, levanten catedrales y funden monasterios o misiones extranjeras.”¹⁹

El ejemplo que da Keynes, por sí mismo, poco soluciona. Pero nos abre las puertas a un factor de realización que ha venido jugando un papel creciente y que ya es gigantesco en la realización de la plusvalía potencial generada por el sistema. Se trata de los gastos improductivos, los que en EEUU ya se aproximan a un 75% de la plusvalía generada por el sistema.²⁰ El problema teórico implícito es el del trabajo productivo e improductivo, categoría central tanto en los clásicos como en Marx. Categoría que también va indisolublemente ligada a la teoría del valor de Marx. La cual, es desechada por los neoclásicos y también por Keynes.²¹

En lo grueso el análisis de Keynes sobre la inversión de largo plazo deja mucho que desear.²² La variable tecnológica está casi ausente y para nada considera el impacto

¹⁸ La moral o ética personal de Keynes recuerda a las de la aristocracia pre-capitalista, de orden feudal. Sus valores rechazaban espontáneamente el afán de lucro, las bajezas del burgués advenedizo y a todos los Shylock de ayer, de hoy y de su tiempo.

¹⁹ Keynes, T.G., pág. 196.

²⁰ Suma del consumo capitalista más el de los asalariados improductivos. Ver José Valenzuela Feijóo, “La gran crisis del capital”, págs. 198 y ss. Colección Cultura Universitaria, UAM, México, 2009 (2° edición).

²¹ Es sabido que Keynes habló pestes de la teoría económica de Marx. Es muy claro que no la estudió y ni siquiera leyó el Capital. Habló de una doctrina “ilógica” y “obtusa”. Schumpeter, que como buen alemán era una enciclopedia viviente y conocía a Marx incluso mejor que muchos marxistas, le señaló que sólo un craso ignorante podía comparar a Marx con el mayor Gessel y situarlo en una especie de submundo teórico.

²² Keynes “no elaboró una teoría de la tasa de beneficio a largo plazo.” J. Robinson, “Herejías económicas”, pág. 51. Ariel, Barcelona, 1976.

del monopolio. Si comparamos sus tesis con vg., las de Baran (que por los 50s incorpora aportes de Kalecki, Steindl, y Sweezy), se puede constatar el tamaño de las diferencias.²³

Después de todo, como sostenía que “en el largo plazo todos estamos muertos”, su mente se concentraba en el corto plazo. Por ejemplo, ante la crisis del 29-33, en cómo actuar para que ésta no propiciara el derrumbe del capitalismo.

VI

Las hipótesis y medidas que propone Keynes en torno a los determinantes de la inversión y el crecimiento, generan consecuencias de orden mayor y que no parecen haber sido bien calibradas por nuestro autor.

Primero: Keynes rechaza la teoría neoclásica del interés (“pago por abstinencia”) y propone el enfoque de preferencia por la liquidez. La gente guarda dinero (depósito de valor) porque el futuro es impredecible. Aquí, lo incierto se supone que está anclado en la misma naturaleza humana (“la vida conecta el hoy con un mañana incierto”) y no con la *incertidumbre consustancial a toda economía de mercado*. Luego, si abandonamos la metafísica insulsa, deberíamos aceptar que una tasa de interés cero supone una economía planificada (no mercantil) altamente desarrollada. El punto, amerita una discusión larga pero en una nota corta sólo lo podemos mencionar.

Segundo: tenemos algo ya señalado: si hace el interés igual a cero, el capital financiero desaparece. Y los intereses pagados (I), también se igualan a cero.²⁴ En consecuencia, los beneficios empresariales (BE), pasan a coincidir –dados algunos supuestos simplificadorios- con la masa de plusvalía total (P) generada por el sistema. O sea, como $P = I + BE$, si $I = 0$, entonces $P = BE$.

Pero Keynes da un paso adicional, aún más cargado de consecuencias. Supone que, a la larga-larga, la emc también llega a cero (“plétora de capitales”), con lo cual desaparecen los beneficios empresariales. Pero ya hemos dicho que $P = BE + I$. Luego, si $I = 0$ y también $BE = 0$, deberíamos concluir que la masa de plusvalía sería igual a cero. Tendríamos, en consecuencia, un capitalismo bastante curioso: no productor de plusvalía.

Peor aún, ni siquiera podríamos hablar de un excedente económico. Recordemos: el Producto Excedente (PE) es igual al Producto Agregado (PA) menos el Producto Necesario (PN). O sea, $PE = PA - PN$. Además, al PN lo hacemos igual a los salarios Totales (ST). Por ende, $PE = PA - ST$. También sabemos que PA es igual a la suma del Producto Necesario (PN) más el Producto Excedente (PE). Pero dado que han desaparecido los beneficios empresariales y los intereses, resulta que $PA = ST = PN$. Por lo tanto, $PE = 0$.

En este nuevo y muy imaginario y retorcido contexto, al desaparecer la plusvalía también debería desaparecer el capitalista industrial, lo que Marx denominaba “capitalista en funciones”. Recordemos también: Keynes valoraba al capitalista en cuanto era capaz de generar innovaciones y crecimiento, incorporar nuevas tecnologías capaces de elevar la productividad y el bienestar. Luego, en el futuro que tan vagamente pergeñaba Keynes, ¿debería desaparecer esta fracción de capitalistas, absolutamente esencial a su ideario y al mismo sistema? En un sentido estricto, así debería ser, pero Keynes se protege y nos habla de empresarios industriales que trabajan, buscan métodos de gestión y producción eficientes, que impulsan el desarrollo tecnológico, etc. En este marco se podría pensar en una nueva capa de altos funcionarios (¿los managers de

²³ Cf. Paul Baran, “La economía política del crecimiento”, caps. III y IV. FCE, México, 1959.

²⁴ Que esto implique la desaparición de la necesidad de acceder al crédito es muy difícil de aceptar. Luego, ¿debería existir alguna institución crediticia que entregara préstamos gratuitos?

Burnham, la tecno-burocracia de Galbraith?) que aparte de sus salarios pudiera acceder a lo que en términos marxistas se conoce como “plusvalía extraordinaria” (o “ganancias extraordinarias intra-ramales”). En realidad, las inconsistencias de Keynes son sorprendentes y pudieran ser más materia para un psicoanalista que para un simple economista. La gran inteligencia de Keynes le permite identificar algunos de los grandes problemas y contradicciones del sistema capitalista. A la vez, su condición de clase, por él mismo reconocida, lo lleva a buscar la salvación del sistema y lo hace con algunos pases teóricos ultra-retorcidos y que para nada enaltecen a su genio.

VII

En lo expuesto hay un problema subyacente que, por su complejidad e importancia ameritaría un tratamiento aparte, el que, obviamente, no se puede abordar en una nota corta. Como sea, conviene por lo menos advertir sobre su presencia, la que funciona en términos más bien implícitos y relativamente velados.

Nos referimos al problema del valor, el que funciona como basamento o “clave de cruz” de toda teoría económica seria. Si bien pensamos, en el campo de la economía sólo encontramos dos paradigmas que aborden explícitamente el problema de los fundamentos. Es decir, el problema del valor. Uno de ellos es la escuela neoclásica (Jevons, Menger, Walras, etc.). El otro, es la marxista (Marx). La primera funciona con una clara tendencia conservadora, enfatiza la dimensión subjetiva del fenómeno (cuando se habla de costos, se nos remite a “sacrificios” o costos psicológicos) y lo sitúa en términos a-históricos. La segunda, sitúa al valor como un fenómeno específico de las economías de mercado, lo hace girar en torno a la noción de un trabajo social (el “tiempo de trabajo socialmente necesario” como costo real objetivo) que está social e históricamente delimitado. La primera noción, suprime toda posible noción seria de explotación. La segunda, opera a la base del fenómeno de la explotación económica en un régimen capitalista. Amén de sostener que este fenómeno será superado en un futuro momento histórico.

En el caso que nos preocupa, tenemos que Keynes nunca se preocupó con seriedad del problema del valor. Al parecer, el enfoque neoclásico sobre el tema le parecía demasiado abstruso y muy poco práctico. Con todo, cuando desea condenar al capital dinero de préstamo y el cobro de intereses, de hecho rompe con el fundamento neoclásico del valor. Pero, en otras ocasiones, parece volver al seno materno (más por la vía de Marshall que por la de Walras). Joan Robinson, sí abordó explícitamente el tema, pero en términos que no han dejado huella, salvo la del escepticismo. Los post-keynesianos posteriores rechazan con fuerza a Walras y a la explicación neoclásica de los beneficios capitalistas. Pero al hacerlo, no se van con Marx y su teoría del valor y la plusvalía. Tampoco proponen otra explicación de los fundamentos. No van más allá de la dimensión precios y, por lo mismo, parecen danzar más en aguas muy blandas que en tierras sólidas y firmes.

Por debajo de estas propensiones parece operar un fenómeno psico-social que nos interesa subrayar. Si bien hay muchos ex-izquierdistas que se han vendido completamente a las posiciones académicas y políticas más conservadoras, hay un grupo que por lo menos pretende impulsar cierto progresismo o reformismo sin saltarse al régimen capitalista. Con lo cual, se acercan a Keynes, a los fabianos ingleses y análogos. En el plano teórico rechazan, con mayor o menor fuerza, a los fundamentos neoclásicos del valor. A la vez, son también muy cuidadosos en dissociarse de los fundamentos marxianos. El problema que esta actitud genera es el ya apuntado: se

mueven en construcciones que carecen de cimientos sólidos. Por lo mismo, cuando se abordan los problemas de mayor fondo, caen en errores que, por su torpeza, llegan a sorprender. Y valga agregar, cuando las preocupaciones prácticas no apuntan a cambios de orden mayor, los fundamentos, como una teoría del valor, se tienden a ver como algo escolástico, como juegos verbales ociosos.

Pero si se trata de examinar las capas más profundas del “ser económico”, el manejo de buenos fundamentos teóricos, es la primera condición de una práctica exitosa.

VIII.

Hablar del largo-largo plazo en Keynes, nos conduce también a examinar lo que atisbaba como sociedad ideal. Esta, se correspondía con una sociedad capitalista, políticamente liberal (un poco al estilo del primer J. S. Mill) y que, en lo económico, asegurara el pleno empleo y una mejor distribución del ingreso. Para algunos, se trataría de una postura socialdemócrata (pese a las expresas críticas de Keynes al laborismo inglés), pero la socialdemocracia de hoy (segunda década del siglo 21) es del todo neoliberal. En todo caso, la profundidad de la crisis del capitalismo contemporáneo, de seguro reflotará, más temprano que tarde, lo que todavía hoy muchos consideran simples utopías: la de Keynes y la socialista (de Marx). Vale también advertir: si tales propuestas no abandonan su actual condición utópica (i.e., no se materializan), el tormento neoliberal será sustituido por regímenes de corte nazi-fascista.

